

hablará al tratar de los castillos de la provincia de Guadalajara, a la que pertenece. Santorcaz es una noble página de sentida evocación, y a través de sus escasos y abandonados restos, que apenas enseñan ya ninguno de sus originales caracteres, sus piedras poseen aún el noble y emocionante recuerdo de aquellas recias figuras allí apresadas en los célebres «pozos», en que la leyenda transformaba sus celdas, dominadas por la grave y venerable silueta de Cisneros, que en los seis años de su detención en el castillo, sin doblegarse ante la inquina y parcialidad del arrebatado Carrillo, supo ya demostrar aquella entereza y espíritu de severidad y de justicia que constituyeron las piezas esenciales de su carácter. Entre aquellas piedras olvidadas, el humilde sacerdote de Torrelaguna *vive* enteramente y como base, quizás fundamental, de su increíble y prodigioso destino, que sin la prolongada e injusta prisión de Santorcaz es muy posible que no hubiera podido darse, España les debe la inmensa gratitud de haber templado y forjado, con el dolor y la amargura de la persecución y con la paz y la serenidad del estudio y de la meditación, aquella austera, pero espléndida, personalidad que iba a salvarla en uno de sus momentos más aventurados.

Pero si los castillos hasta ahora enumerados formaron la base de la triangulación estratégica de la parte oriental de la provincia de Madrid, acaso la más accesible y peligrosa, quedan todavía por describir otras importantes piezas del sistema, cuyo estudio, Dios mediante, se continuará en los números siguientes.

FEDERICO BORDEJE

